

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 167

25 cts.



INJUSTO
DESPRECIO

POR
ALMA RUBENS
Y CONRAD NAGEL

FilmoTeca
de Catalunya



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 167

INJUSTO DESPRECIO

SENTIMENTAL PRODUCCIÓN,

INTERPRETADA POR LA EXQUISITA ARTISTA

ALMA RUBENS

SECUNDADA POR EL SIMPÁTICO ACTOR

CONRAD NAGEL

EXCLUSIVA DE

METRO GOLDWYN CORPORATION

Rambla de Cataluña, 122. — BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
SHIRLEY MASON



Injusto desprecio

Argumento de la película de dicho título

En un rincón de Quebec, rodeada de heladas llanuras, había una casita, almacén de víveres, en la que vivían Samuel Duprez, el dueño, y Diana, su hija.

Aunque criada en el ambiente rústico del campo, Diana poseía un temperamento soñador, en pugna con su humilde condición de vendedora de comestibles al detall.

Juan Gagnon, un bruto, así, tal como suena, pues no conocía más sentimientos que los de su egoísmo e ignorancia, estaba enamorado de Diana, y ardía en deseos de pedirle en concreto que fuera su esposa a la mayor brevedad.

Un día, en ocasión de reunir dos perros enganchados a un trineo, Diana, que sufría por el natural daño que se causaban los animales, tuvo la intención de separarlos, oponiéndose a ello Juan, que gozaba contemplando aquella escena.

—Pero ¿no ves que se van a matar?—dijole Diana ocultándose el rostro entre sus manos.

—¿Y qué, mujer? Esa riña es todo un poema. Se disputan, nada menos, que la posesión de una hembra, y debemos dejarlos.

Diana hubo de apartarse de donde estaban los

perros, y Juan, alcanzándola, le rodeó el talle y le murmuró lascivamente:

—Ya sabes, Diana, que yo te amo, y lucharía por ti con el mismo ardor que esos pobres perros lo hacen por su compañera.

—Déjame, Juan. Y te ruego que no me hables de tu amor, porque no puedo corresponderte.

—No sé por qué, Diana. Si tú supieras lo mucho que te quiero... Si no habría en el mundo esposa más amada que tú, conmigo.

—Que no puede ser, Juan. Anda, calla, que padre nos puede oír, y no me gusta que ni él me recuerde que yo ya estoy en edad de fijarme en un hombre.

—Ese hombre he de ser yo, Diana, que siempre te he mirado con estos ojos míos que sólo te ven a ti siempre.

Samuel ya había adivinado lo que venían hablando su hija y Juan, y le dijo a aquella así que los tuvo cerca:

—¿A cuándo esperas casarte, chiquilla? ¿Por qué no le das ya el "sí" a Juan, que es, como sabes, el aspirante a tu mano preferido por mí?

—Varias veces me has dicho lo mismo, papá, y otras tantas he querido contestarte lo que hay: antes de casarme quise conocer ese mundo ignorado que hay más allá de la montaña... otra vida mejor que esta.

—¿Crees acaso que hay algún punto en la tierra donde puedas ser más feliz que a mi lado, hija?

Diana no respondió a la pregunta de su padre, por temor de ofenderle. Pero lo cierto era que el afecto paterno no era bastante para la felicidad de su gran corazón. Los negocios eran lo que más preocupaba a Samuel. Claro que amaba a su hija, pero su cariño distaba del que ella necesitaba. No la había comprendido nunca. Era como pájaro en una jaula donde nada falta y falta todo. ¡Ah, si

viviese su madre! Ella era mujer, y una mujer siente de otra manera...

El ruido del motor de un avión interrumpió la conversación, harto enojosa para Diana, y los tres personajes ya citados otearon el valle y vieron aterrizar al pájaro gigante.

Dos jóvenes iban en él: José Leslie, futuro heredero de una de las mayores fortunas de Nueva York; y su piloto y amigo Carlos Burnett.

Al poner pie en tierra los dos amigos, Burnett dijo a Leslie:

—Esto, querido Leslie, es peor que el Polo Norte. Aquí vamos a morirnos de hambre y de aburrimiento.

—No lo creas; para mí hay aquí más encanto que en todos esos hoteles que se precian de espléndidos; y esta soledad la prefiero a la compañía de los amigos que me lavan la cara con el agua sucia de la hipocresía.

Diana, curiosa, descendió en *skiss* hasta el valle, y se tropezó con Leslie al momento de frenar, cayendo los dos sobre la nieve.

Leslie incorporóse el primero, y se disculpó de haber sido la causa de la caída de Diana.

—¡Perdón, señorita! Sentiría que se hubiese usted lastimado.

—No ha sido nada..., pero pudo ser. Y usted, ¿no se ha hecho daño?

—Al contrario. La nieve es tan blanda... y su cuerpecito tan suave...

—¿Llegaron ustedes en avión, verdad? ¿De muy lejos?

—De Nueva York.

—¡Ah! ¿De Nueva York? Allí vive mi tía Rosa, al frente de un *restaurant* de su propiedad. Quizás vaya yo pronto a visitarla, si mi padre se decide a mandarme a su lado.

—Yo soy un entusiasta del campo. Si ustedes tuvieran alojamiento para nosotros, me quedaría muy a gusto unos días aquí.

—Vengan ustedes conmigo. Pero, esperen. Aquí llegan mi padre y un amigo suyo. Pueden preguntárselo a él.

Samuel y Juan miraron de arriba a abajo a los dos desconocidos, y sobre todo el segundo se fijó en que eran demasiado jóvenes y apuestos para fiarse demasiado de Diana.

Sin embargo, con vistas al interés, el primero tomó en consideración los deseos de los aviadores, y les ofreció dos habitaciones en su establecimiento.

Entretanto, en Nueva York, el Destino señalaba con el dedo fatal a un hombre, que cuando en el libro de la vida de un millonario se ha escrito la última página, todo el oro de sus cajas de fondos no es capaz de prolongarle un minuto más su existencia.

El agonizante era Pedro Leslie, padre de José, el aviador, y una de las más reputadas firmas de la Banca neoyorquina.

Luis Carter, el abogado del rico banquero, no se separaba un momento del moribundo, a quien sintió tener que comunicar como resultado de numerosas investigaciones:

—Seguimos desconociendo el paradero de su hijo José. La última noticia es que ayer salió en aeroplano de Montreal, con rumbo a la frontera.

El enfermo exhaló como una queja, fijos sus débiles ojos en una fotografía de su hijo.

—Esto no es más que un castigo a mi egoísmo. El afán de atesorar dinero hizo que no me cuidara de él, hasta el punto de que mi hijo era casi un extraño para mí. ¡Ahora comprendo mi error!

Pausa.

Luego:

—Espero que usted y Dumbar—prosiguió el banquero—subsananán mi falta, poniéndole al corriente de los negocios, y procurando que no haga mal uso de la fortuna que voy a dejarle.

Y, a poco, pensando únicamente en su hijo, el poderoso financiero dejó de existir.

* * *

Pero el tiempo no pasaba en vano para el afortunado hijo del opulento banquero.

Varias eran ya las entrevistas celebradas con Diana, delante de su padre y de Carlos, procurando, sin embargo, que no les oyeran, ni el uno ni el otro.

—Yo sé que aquella montaña vestida de blanco separa dos mundos diferentes; y, desde que quedé huérfana de madre, subo muchas veces a ella, para asomarme a la cúspide, y ver por los ojos del alma el mundo de mis ilusiones—conf só, ingenuamente, una de las veces, Diana, a Leslie.

—Todo lo que vean sus ojos, bajo ese punto de vista, linda Diana—respondióle José—, ha de ser bello, blanco, puro como su alma misma.

Diana no se cansaría nunca de escuchar al simpático joven, pero Juan, que no les quitaba ojo, los sorprendió un buen rato en interesante conversación, desde el exterior de la casa, y cuando se cansó de tolerar aquella intimidad, al parecer peligrosa, irrumpió en el interior y se encaró con Leslie, para decirle cuatro pa abras “bien dichas”:

—Hace un rato que le veo de palique con esta muchacha, y es preciso que usted sepa que Diana se va a casar conmigo.

—Y a usted, muy señor mío, ¿quién le ha autorizado a hablarme en ese tono?

—Yo mismo, y sobra. Conque, deje en paz a Diana, o le obligo a las malas.

Carlos iba a intervenir, evitándolo el padre de Diana, que separó a los dos “rivales”, indicando a

Leslie la conveniencia de no ocuparse con exceso de la muchacha, y mandándoles a todos a retirarse a descansar.

Antes de separarse hasta el día siguiente, Diana susurró a Leslie, mientras Carlos silbaba maliciosamente:

—Mañana estará mi padre todo el día fuera.



—Yo mismo, y sobra. Conque deje en paz a Diana, o le obligo a las malas.

Apenas se haya ido, tomaremos nosotros el camino de la montaña.

Volvamos a Nueva York.

No menos odiosa y real que la tragedia de la muerte es la codicia insaciable de los buitres que olfatean su presa en el testamento.

Uno de esos codiciosos y repugnantes buitres

era Jaime Dumbar, el administrador general del difunto banquero.

El abogado del difunto, cumpliendo la voluntad de éste, citó al administrador general de sus negocios, y le manifestó:

—El señor Leslie me encargó, momentos antes de expirar, que le dijera a usted que siguiera al frente de los asuntos, hasta que podamos entregárselos a su hijo.

—Y... ¿nada más? ¿Para esto se ha acordado de mí el señor Leslie? ¡Vaya una comisión! Si él hubiera sabido lo cuesta arriba que se me hace trabajar para ese pedante..., porque le advierto que José y yo no nos podemos ver.

—Olvide usted ahora, amigo Dumbar, sus diferencias con el joven Leslie, en gracia al pobre muerto, y cumplamos la voluntad de éste.

—Haré este sacrificio..., pero conste que es algo superior a mi criterio.

Ajeno a todo ello, José recorría con Diana la poética montaña nevada que servía de fondo a la casa donde se hospedaba.

De súbito se desencadenó un temporal y los dos jóvenes temían no regresar a la tienda antes que lo hiciera Samuel de su viaje.

Novato en los ejercicios del excursionismo, José dió un paso en falso al borde de un sendero y rodó aparatosamente al fondo de un terraplén, hiriéndose en la cabeza.

Diana se precipitó a socorrerle, y ayudándole a andar, se encaminaron juntos hacia la cabaña llamada de los Misioneros, lugar de refugio para los caminantes extraviados, situada en el corazón de la montaña.

Una vez allí, Diana preparó el lecho para el herido, éste tumbóse en él, y la enamorada muchacha, llena de angustia, lavó las heridas y las cubrió con una venda.

En la tienda, durante ese tiempo, Carlos, inquieto por la tardanza de su amigo, y sospechando que

le había podido suceder algún accidente a causa del temporal, inquirió del empleado de Samuel lo que opinaba.

—No esté usted impaciente por ellos, señor. En la montaña hay muchos sitios donde guarecerse, y



Diana se precipitó a socorrerle, y ayudándole a andar, se encaminaron juntos...

Diana los conoce bien—respondió el empleado.

En aquellos momentos, en Nueva York, el abogado Carter, deseoso de que José se enterase sin tardanza de la muerte de su padre, puso en práctica la excelente idea de recurrir a la potente voz

de la telefonía sin hilos, e hizo transmitir por una de las estaciones radiotelefónicas de Nueva York el siguiente aviso:

URGENTE

Se ruega a quien reciba este radiograma, y pueda comunicarse con José Leslie, le diga que su padre ha muerto, y que urge su presencia en Nueva York. Las estaciones radiotelefónicas se servirán transmitir el aviso anterior.

Una de las causas que indicaron al abogado que el teléfono sin hilos podía ayudarle, fué el conocimiento de que José llevaba en su avión un aparato de recepción portátil. Era, pues, muy probable que José recibiese personal y directamente el aviso.

En efecto, el aparato de radiotelefonía de José recibió la noticia, mas no fué el propio interesado, sino Carlos quien la oyó, pues éste se divertía, mientras esperaba a José, escuchando un concierto de Nueva York, bajando con el empleado de la tienda, que tenía, como él, pegado a la oreja un auricular.

La emoción que experimentó Carlos al recibir la cruel noticia fué tremenda.

¿Cómo avisar a su amigo?

Para colmo de desventura, en aquel preciso instante regresaban al establecimiento Samuel y Juan, enterándose de la ausencia de Diana, y de su salida con José a la montaña.

Samuel se enojó, dando cabida en su estrecho espíritu a las más absurdas dudas; y Juan, airado, prometía vengarse de la ridícula postura en que lo colocaba el neoyorquino del demonio.

—Es probable que se hayan refugiado en la cabaña de los Misioneros—dijo Samuel—. Hay que ir en seguida por ella.

Carlos, compungidísimo, trató de calmar a los dos hombres, y les comunicó lo que acababa de saber

por radiotelefonía, disponiéndose a seguirles hasta dar con José.

Por toda réplica, Juan dijo a Carlos, amenazador:

—En cuanto yo le eche a su amigo la vista encima, lo envío a hacerle compañía a su padre.

* * *

En la noche tenebrosa tres hombres se abrían paso a través de la dormida montaña.

Al clarear, los que ocupaban la cabaña de los Misioneros despertaron a la realidad.

Diana había pasado la noche velando al enfermo y en su exaltación amorosa llegó a besarle en secreto.

José, midiendo exactamente la situación en que ambos se hallaban, y el peligro de cometer una locura tentado por la acariciante belleza de Diana, tomó una enérgica decisión: salir de la cabaña, desafiando a los elementos que fatigaban la tierra.

—Usted no debe continuar aquí, Diana, por muchas razones—le dijo—. Mi obligación es llevarla a su casa y responder de usted ante su padre.

—¡No, no, José, por Dios! ¡Esto sería un desafío a la muerte, y yo no quiero!...

—¡Oh, Diana! ¿Es que *sientes* realmente algún interés por mí?

Diana, temblando toda, se estrechó contra el pecho de José, y sus labios, ofreciéndose llenos de lozanía, fueron desflorados con pasión.

Pero José, recobrándose al punto, persistió en su deseo de salir de la cabaña, si no acompañado de Diana, por lo menos solo, a fin de que el padre de ella si llegase hasta allí en su busca, la encontrase sola.

A pesar de su noble intención, José no pudo evitar que Samuel y Juan los sorprendiesen en la cabaña juntos, y que los celos y el despecho hicieran creer a uno y otro lo que no existió.

Carlos, con la debida prudencia, anunció a José



—¡No, no, José, por Dios! ¡Esto sería un desafío a la muerte, y yo no quiero!

la muerte de su padre, y en medio de su dolor, el noble joven sufrió el desprecio y las amenazas de Samuel y Juan, que lo querían matar.

Diana lloraba, e imploraba de su padre un poco de piedad.

Fué inútil.

—Váyase usted a Nueva York, y no vuelva más por aquí, si en algo estima su vida—le dijo Samuel a José.

—Padre, no le dejes salir con este tiempo. Está



—¡Oh, Diana! ¿Es que sientes realmente algún interés por mí?

herido, y puede serle fatal—suplicó aún Diana.

Samuel no se apiadó, y José, dolorido y enfermo, se marchó. Pero al cerrar tras de sí la puerta de la cabaña, y al llegar hasta él el rumor del llanto de Diana, dijo, a través de la madera que la separaba de ella:

—Adiós, Diana; mientras viva me acordaré de ti. Y mientras el avión surcaba fugaz el espacio, un padre sin buen sentido ofendía a una hija inocente.

—¿Tú sabes, desgraciada, el daño que me has hecho y te has hecho tú misma? ¿Qué hombre de conciencia podrá mirarte de hoy en adelante?

Tan seguro estaba Samuel de la "falta" de su hija, que, para olvidar, la mandó con su tía, a Nueva York.

Rosa, la tía de la buena muchacha, no era precisamente una mala mujer, pero tampoco le sobraban escrúpulos... ni afecto familiar.

No se negó, la tía, a recibir a Diana, pero así que llegó a su casa le señaló el trabajo que debería hacer para ganarse la vida: cantar en el *restaurant*. Como era bonita, tal vez la parroquia aumentaría... y saldrían las dos ganando.

—En Nueva York ha de trabajar mucho para comer el que no tiene bienes de fortuna—le había dicho—. Tu padre ha cometido una equivocación al mandarte aquí.

—Si mi padre no me hubiese enviado a Nueva York hubiera venido yo sola. Se ha permitido dudar de mí, y no volveré jamás a su lado—le contestó Diana.

No le ocultó tampoco Diana a su tía su deseo de visitar a José Leslie, cuya tarjeta con su dirección éste le entregara en Quebec, por si alguna vez necesitaba de él, y juntas fueron a la casa del millonario, presentándose en ella precisamente cuando el consejo de administración de los negocios del difunto hacía entrega a José de los bienes de su padre.

Mientras el administrador general Jaime Dumbar barajaba sumas y más sumas, entregando a José la fabulosa fortuna de su padre, el afortunado heredero tenía su pensamiento muy lejos, y ni siquiera oyó de aquél el final de su discurso:

—Señores: cumplido mi deber de poner al se-

ñor Leslie al corriente de los negocios de su difunto padre, desde este momento dejo de ser el administrador general de sus bienes.

Llamado al teléfono mientras Dumbar presentaba la dimisión, José se puso a hablar tranquilamente, sin tener en cuenta que el consejo de administración se escandalizaba. No había para menos, pues no eran asuntos comerciales los que trataba por hilo José, sino asunto de faldas: Lucila Van Tuyl, una amiga de todos los herederos ricos, era, nada menos, la que reclamaba en aquellos momentos la atención del millonario.

Indignado intimamente, Dumbar se retiró de la reunión, y al pasar por el vestíbulo de la casa, la presencia de Diana y su tía le llamó la atención, y las recibió él mismo, después de haberles dicho un criado que José no las podría recibir entonces por estar agobiadísimo de trabajo.

Enterado de quién era Diana, por ella misma, que buen cuidado puso él en ello, Dumbar tomó nota de la dirección del *restaurant* de la tía Rosa, y prometió que se la daría a José, para que pudiera concertar con ella una entrevista tan pronto estuviese desocupado.

Diana, después de reflexionar sobre ello todo un día, atribuyó, al día siguiente, a su modesto vestido el no haber sido introducida sin reparos cerca de José, y se lamentó de ello a su tía.

—Necesito comprarme ropa, tía; pero usted sabe que no puedo pedirle dinero a mi padre, ni él me lo mandaría.

—Y, claro, quieres que yo te ayude... Toma, como adelanto sobre tu sueldo.

—¿Diez duros? ¿Qué voy a comprarme yo con tan poca cosa?

—¡Ah! ¿Te parece poco diez duros semanales por cantar en el salón de mi *restaurant*? ¡Pues no te doy un céntimo más!

Dumbar llegaba entonces al *restaurant*, no como cliente, sino como admirador de Diana.

La tía, que era una gata sabia, dejó el campo libre...

—Buenos días, señorita...

—¡Ah! ¿Es usted? ¿Me trae noticias de José?

—Por un olvido involuntario dejé de entregar ayer al señor Leslie la tarjeta de usted, señorita Diana. Ruégola no me reproche por mi fragilidad de memoria.

—No me importa. Tal vez haya sido mejor así. ¿Quién sabe si el señor Leslie se hubiera avergonzado de mí, al verme tan pobremente vestida?

—Eso quiere decir que tiene poco de envidiable su situación económica, ¿no? Si usted cree que yo puedo serle útil, me pongo a su disposición.

—Quisiera comprarme unos vestidos, pero ¡es tan poco dinero el que me da mi tía por cantar!

—¿Y por eso se apura, Diana? Una mujer joven y hermosa, como usted es, puede vestir en Nueva York mejor que una reina.

—No me hago ilusiones, señor..., pero estoy convencida de que si cuando fui a visitar al señor Leslie hubiese llevado un traje elegante, no hubiera salido de su casa sin verme.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono y Diana se puso al aparato.

—¿Quién?...

—Diga a la señorita Diana que se moleste, ¿quiere usted?

—Soy yo misma... Y usted, ¿verdad que tú eres José?

—Sí, Diana. Mi criado acaba de entregarme tu tarjeta de ayer. ¿Quieres que mañana almorcemos juntos en Sherry? ¡Me alegraré mucho de verte, mucho!

—¡Y yo, José!

Dumbar sonreía mefistofélicamente, encantado cada vez más de los atractivos de Diana, a la que, cuando terminó de hablar con José, habló de la siguiente manera:

—Resulta, según deduzco, que usted sólo desea

vestir bien por hacerse agradable a los ojos de José Leslie.

—No hay mal en ello, señor. En el Canadá, donde no existe tanto lujo como aquí, no tengo duda de que yo era del agrado del señor Leslie. Creo que si ahora me pusiese al nivel de las mujeres elegantes de Nueva York, volvería a recobrar su



—Quisiera comprarme unos vestidos, pero ¡es tan poco dinero el que me da mi tía por cantar!

estimación.

—No pierda usted de vista, Diana, que en Nueva York se piensa de distinta manera que en el campo. Con ser un factor importante el vestir bien, usted necesita algo más que eso, para cautivar a Leslie.

—Esa será una opinión particular de usted. ¡Lo

que yo le digo es que estoy resuelto a casarme con José Leslie!

—Ese arranque de energía, revelador de un espíritu resuelto, me ha sugerido una idea salvadora para usted.

—¿Una idea? ¿Qué idea?

—Con las facultades artísticas que usted posee, debería irse a Europa durante un año a perfeccionar la voz y adquirir ese baño de cultura y distinción social que requiere la clase de Leslie. Los gastos correrían de mi cuenta.

—¿Qué dice usted? ¿Quién le ha permitido ofrecerse como protector, caballero?

—No se ofenda usted, Diana, por mi ofrecimiento. Soy un buen amigo de Leslie, y sólo deseo hacer de usted una mujer digna de él.

—Perfectamente; si triunfase me sería fácil devolverle a usted el dinero gastado por mí. ¿Y si fracaso?

—No hablemos ahora de fracasos. Pensemos solamente en la felicidad de usted y de Leslie.

—No me atrevo. El temor al fracaso me detiene.

—Medite sobre mi proposición. Si se decide usted, dígamelo. Este es el número de mi teléfono.

* *

El reencuentro de José y Diana fué agradableísimo para ambos.

Como convenido, almorzaron en el mejor restaurant de la ciudad, no pudiendo evitar el joven millonario que Lucilla Van Tuyl, entre otras personas, hiciera bafa de la modestia y cortos alcances mundanos de Diana.

—¡Qué poco brillo le dan a Leslie sus conquistas! Esa debe ser, a juzgar por su indumentaria, una pobre obrerilla—dijo, bastante fuerte para ser

oída por la misma interesada, la "peligrosa" Lucilla a sus amistades.

José separóse un momento de Diana, con el pretexto de saludar a alguien, y se acercó a la mesa de la amiga de los ricos, para decir a todos los que estaban en ella:

—Es una crueldad, amigos míos, burlarse de



Como convenido, almorzaron en el mejor restaurant de la ciudad...

la pobreza. ¿Qué culpa tiene la muchacha de no haber sido envuelta, como nosotros, en pañales de seda?

Diana, que lo había oído todo, no pudo contener sus lágrimas, y prendió en ella el afán de triunfar para ser digna a los ojos del mundo. Dumb, que le brindó protección, le ayudaría a conquistar, con su refinamiento, a José, para que éste no tuviera que avergonzarse de amarla.

Y ocurrió que Diana y su tía, que hacía buenas migas con Dumbar, se trasladaron a París, para que la primera estudiase el canto.

Al cabo de algunos meses de ausencia absoluta de noticias de su hija, Samuel recibió, de un amigo, esta carta, dándole detalles de la vida de Diana:

...es este mucho París—decía el amigo—para encontrar a una persona; pero, a fuerza de correr calles, he podido dar con su hija y su hermana. Diana me ha dicho que estudia música.

Esta semana salen para Nueva York, en el transatlántico PARÍS.

Juan leyó también esa carta, y el viaje a París de Diana y el "truco" del estudio de la música no le inspiraban confianza.

Como Samuel no estaba tampoco tranquilo, decidió ir a Nueva York, para cerciorarse de la vida que llevaban la tía y la sobrina.

Juan le acompañaría.

En el muelle de Nueva York, José Leslie, por un lado, y Jaime Dumbar, por otro, esperaban el regreso de Diana, transformada por los artifices parisienses en una deslumbrante mujer.

José saludó efusivamente a Diana, y le dijo, cada día más enamorado:

—Espero que nos veremos con frecuencia, ¿eh, Diana? Por lo menos como en París.

—Eso tú has de procurarlo, José. Aquí tienes tú más compromisos que en París. Lo vi bastante claro el año pasado.

En tanto, ocultos de ellos, la tía Rosa y Dumbar hablaban a solas.

—Yo le garantizo a usted, señor Dumbar, que Leslie ignora por completo que usted nos haya dado una peseta. Al enterarse Diana de su llegada a París le telefoneó, y desde entonces fueron inseparables, pero nunca le reveló el secreto.

—¿Y no sospechó nada?

—No pudo sospechar, porque yo supe hacerle

creer que Diana había recibido una herencia respetable.

Dumbar sonrió satisfecho, y al ver llegar hacia él a Diana, que acababa de separarse de Leslie, murmuró entusiasmado:

—¡Qué hermosa es esta muchacha!

Después de un cambio de saludos, bastante frío por parte de Diana, Dumbar, deseando su conquista, pues la codiciaba como nunca pretendió a ninguna mujer, le dijo:

—Ya he dado orden al Hotel de Embajadores para que les tengan reservadas habitaciones.

Y añadió:

—¿Me permite usted, Diana, que vaya a visitar-la esta noche?

—¿Tiene usted algo que decirme?

—Tengo muchas cosas...

—Estoy muy fatigada, pero, en fin, no puedo negarme...

Después de una semana de engañosas apariencias, la tía Rosa enteró a Dumbar del estado de ánimo de Diana.

—Cada día está mi sobrina más preocupada. ¡Con decirle a usted que se resistía a ir al baile de disfraces que esta noche da Leslie en obsequio de ella!

En su cuarto, en tanto, Diana, divinamente hermosa tocada con alba mantilla de manola, contestaba a los elogios de su doncella de esta triste manera:

—¡No me envidies, Lucía; eres tú más feliz que yo! ¡Ah, cuánto daría por retroceder en mi vida un año!

Tía Rosa interrumpió a su sobrina, para decirle que Dumbar quería hablar con ella, antes de marcharse al baile, y Diana se resignó a recibirle.

Dumbar, decidido a actuar en claro, empezó por regalarle a Diana una preciosa joya, que ella rechazó, a pesar de gustarle mucho.

—Agradezco la fineza, señor Dumbar, pero no debo aceptar ese obsequio—dijo Diana—. En cambio, debo empezar a trabajar, para ir liquidando la deuda que tengo contraída con usted.

—Eso no corre prisa, Diana. Sea usted buena conmigo.

—No puedo esperar más, señor Dumbar. Nunca



—¡No me envidies, Lucia; eres tú más feliz que yo!

me hice ilusiones con mi voz, aunque usted me decía que tenía en ella una mina. Pero en un momento de loca vanidad acepté su ofrecimiento, y hoy estoy muy arrepentida de mi error.

—No se muestre desdefiosa conmigo, Diana. Considere la deuda liquidada, y piense sólo en que la amo con locura..., en que la quiero para esposa.

—¡Oh, eso nunca! Con razón me temía yo de

usted algo por el estilo. ¡Es imposible que usted consiga forcear mi voluntad! Le ruego que me deje. Y esta misma noche le confesaré a Leslie todo lo ocurrido, para aligerar mi corazón del enorme peso que le oprime.

—¡Esa sería su mayor locura! ¡Con lo desconfiado que es Leslie, sabe Dios lo que podría pensar de usted!

—¡Oh, usted ha tenido buen cuidado de pensar en todo! Pero no me importa. Mi conciencia me protegerá. Déjeme el paso franco.

—¡Usted no sabe de aquí esta noche! ¡No consentiré que un idiota, como Leslie, se luzca con usted!

—¡Basta!

—Es lástima, Diana, que la ciegue la pasión y no vea que para Leslie no es usted más que una de tantas. Yo, en cambio, arrostraría por usted hasta la muerte, si fuera preciso.

La llegada de Leslie, para llevarse en su coche a Diana, llenó de ira a Dumbar, y fué por milagro que éste no provocó en el Hotel un escándalo por celos.

Leslie encontró a Diana espléndidamente encantadora, y también fué milagro que no la abrazara en el hall mismo, delante de todo el mundo.



Aquella misma noche se presentaron en el Hotel de Embajadores Samuel y Juan, y tía Rosa supo de qué humor llegaban, pues los piropos que le dirigieron por su vestir a la moderna, eran mordaces.

—¿Quién es el imbécil que carga con vuestros gastos?—terminó por decirle su hermano.

Dumbar, para que Leslie cargase con el muerto, dirigió a los pueblerinos a su casa en fiesta.

Ya verían, él y tía Rosa, lo que pasaba.

En el baile, mientras tanto, Diana sostenía en su noble corazón una lucha sorda y tenaz. ¿Cómo confesar a Leslie un hecho inocente, pero que podía parecer a los ojos del mundo una falta grave?



—¿Quién es el imbécil que carga con vuestros gastos?

—Si he de hablarte con franqueza, José, estoy arrepentida de haber salido del Canadá.

—¿Por qué, amor mío?

—Este vórtice de pasiones y locuras de Nueva York es capaz de arrastrar en su irresistible remolino la virtud mejor templada.

—No exageres, Diana. A ti nunca podría arrastrarte este torbellino.

—Gracias, José, por el buen concepto en que me tienes. Pero ¿y si estuvieses equivocado?

Así hablaban Diana y José, cuando Samuel, abriéndose paso a la fuerza entre los invitados, hasta llegar a presencia de aquéllos, dijo, dirigiéndose a ella:

—En busca tuya vengo, Diana.

Diana palideció, y José, con energía insuperable, se aprestó a defenderla contra su mismo padre.

—Diana está segura guiándose por sí misma, señor.

—¿Le parece a usted poco el trastorno que ha traído a mi casa?

Juan, bruto como era, había de portarse como tal, y quiso liarse a palos con José, saliéndole mal la cuenta, pues fué por éste derribado de un soberbio puñetazo en las narices.

Samuel iba, a su vez, a arremeter contra José, mas éste, a tiempo de evitar la desagradable escena, declaró públicamente:

—Tengo yo más derecho que usted sobre su hija, porque la amo, y va a ser mi esposa dentro de breves horas.

A lo que nada tuvo que objetar el airado padre.

Y Leslie cumplió su palabra, pues al día siguiente Diana era su esposa y José se había trasladado con ella a su casa de campo, para gozar libremente de la luna de miel.

Esperando una ocasión favorable para abrir a su esposo las puertas de su corazón, Diana seguía arrastrando con pena la insoportable carga de su inocente secreto.

José, hojeando el periódico, se sonrió al leer este anuncio:

Noticia sensacional

José Leslie, el hijo del difunto Pedro Leslie, cuya ilustre firma tanto influyó siempre en las combinaciones financieras de Nueva York, ha contraído

matrimonio con Diana Duprez, una joven canadiense tan humilde como hermosa.

Y se lo enseñó a su esposa, para que se enterase de las lisonjas que le dedicaban.

Diana, que tenía razón de venganza de Dumbar al enterarse éste de su brusco matrimonio, pensó que una corta ausencia de Nueva York, para darle tiempo de confesar a José todo lo ocurrido desde su salida del Canadá, sería conveniente, y le propuso a su marido el hacer un viaje.

—Contigo soy feliz en todas partes, José; pero me gustaría vivir a algún tiempo lejos de aquí; en París, por ejemplo, o en otra capital de Europa donde nadie nos conozca. He leído que sale mañana para Marsella un vapor.

—Como qui ras, vidita. Que preparen el equipaje en seguida.

Poco después, el abogado Carter se entrevistaba a solas con José, para tratar con él de un asunto muy importante, tan delicado como difícil de exponer.

—¿Qué sucede, señor Carter? Hable usted ya.

—Me refiero a lo que comunica el periódico, esto es: a su boda, y he de decirle que usted ha obrado con mucha ligereza, señor Leslie, sin tener en cuenta una cláusula del testamento de su padre según la cual pierde todo el derecho a su herencia si contrae matrimonio con una mujer que no sea de acrisolada honradez.

—Eso no me quita el sueño, señor Carter. La reputación de mi esposa está a salvo de toda sospecha.

—Yo sería el primero en celebrar que su esposa fuese como usted la cree, pero no todos hablan de ella igual que usted, al comentar su repentino cambio de posición.

—¡Señor Carter! Si va usted a seguir hablán-

dome así de mi mujer, ha de hacerlo en su presencia.

Dumbar, que estaba allí, en casa de Leslie, fué llamado por el abogado, para preguntarle si sostenía su acusación contra la conducta de Diana, a quien no vacilaba en comprometer delante de su marido para procurar de atraérsela de una vez, a



Dumbar hizo ademán de agredir a José, deteniéndole el abogado.

la par que José mandaba avisar a Diana que él la reclamaba a su lado inmediatamente.

Diana no se hizo esperar, y cuando ella vió a Dumbar, las piernas le flaquearon.

José acercóse amante a su mujer, y le dijo:

—Yo sé que eres buena, Diana; pero quiero oír de tus labios que ese farsante miente, para echarlo de mi casa como a un perro.

Dumbar hizo ademán de agredir a José, deteniéndole el abogado.

Entonces Dumbar, con placer satánico, presentó las pruebas acusadoras, o sea los cheques del Banco cobrados por Diana, provistos de su firma de soltera.

Ahogada por la emoción, Diana no supo defenderse, y José la creyó culpable, una cualquiera.

Y ciego de cólera, dijo al abogado:

—Firme usted esos cheques, y abone al señor Dumbar hasta el último céntimo. Yo voy a presentar en el acto mi demanda de divorcio.

Y a Dumbar:

—Ya sabía yo que usted me odiaba y que no perdería la ocasión de asestarme un golpe. Este ha sido certero. Pero ha comprado usted a esta mujer con su dinero, y es muy suya. ¡Ahí la tiene usted!

Diana suplicó a José que la escuchase, pues ya estaba en ánimo de contárselo todo, pero fué inútil: José la abandonó.

* * *

Como la luz crepuscular desvanece las sombras de la noche, desvanece las de la inteligencia una serena reflexión.

—Me he pasado la noche cavilando sobre este extraño incidente, y, en cuantas suposiciones he hecho, he visto siempre flotando una indigna manobra de Dumbar—dijo el abogado a José.

—No trate usted de defender a mi mujer para nada—le respondió él, secamente.

Afortunadamente, la tía Rosa, arrepentida del mal que con su complicidad en aquel asunto había causado a su sobrina, aportó al abogado la luz que revelaba la verdad, con esta carta que Dumbar le dirigió a ella a París:

Sra. doña Rosa Duprez

París.

Muy señora mía:

Lamento que Diana siga resistiéndose, con sus infundados escrúpulos, a recibir mi dinero para su educación. ¿Qué puede importarle la crítica del público, si algún día llegara a ser este secreto de su dominio, mientras ella y nosotros tengamos la conciencia tranquila?

Tranquícela usted, y sírvase depositar en el Banco el cheque que le adjunto, cuyo importe acreditarán a Diana, a la que espero saludará en mi nombre.

*Con el mayor respeto, quedo de usted atto. s. s.
Jaime Dumbar.*

—El juego está muy claro, amigo Leslie. Dumbar conocía perfectamente el testamento; vió desde el primer día en Diana a la futura esposa de usted, y le convenía desacreditarla, para que usted quedase desheredado. Ya sabe el odio que le profesó—opinó el abogado.

—¡Ah, el muy canalla!—reconoció José.

Decidido a reparar su falta, José, enterado de que su esposa había regresado, como único amparo, al lado de su padre, que la trataba con cruel desconsideración, impropia de un padre, trasladó-



...había regresado, como único amparo, al lado de su padre, que la trataba con cruel desconsideración...

se a Quebec urgentemente.

Pero antes se había presentado en la casa el malvado Dumbar.

—No se extrañe, Diana, de que me atreva a pre-

sentarme ante usted. Esta es la prueba más elocuente de lo mucho que la amo. El daño que le causé fué un daño necesario para arrancarla de los brazos de mi enemigo Leslie. ¡Perdóneme, Diana!—le dijo el bribón sin alma.

—¿Ni en mi casa va usted a dejarme tranquila? ¡Váyase, miserable!

Dumbar intentó besar a Diana, y en aquel momento abrióse la puerta de la casa y apareció José.

Los dos enemigos se encerraron en un cuarto, y en él lucharon enconadamente, como lobos, dejando por muerto José a Dumbar.

Inútil describir el terror que se apoderó de Diana durante la lucha, y la alegría que experimentó al ver salir sano y salvo a José, su marido.

La reconciliación fué imponente, y José murmuró a su esposa, separándola para siempre más de su padre, de aquel pobre ambiente de rudeza que tantas lágrimas le había hecho verter, que la adoraría mientras viviera para hacerse perdonar por haber podido dudar de su amor y de su bondad.

Por toda respuesta, Diana besó en los ojos a José... pues lloraba.

FIN

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Prohibida la reproducción

PRÓXIMO NÚMERO:

El precioso drama de la vida moderna

ABANDONADA EN EL ALTAR

Interpretado por los célebres artistas
BESSIE LOVE, FRANCKLE LEE
y TULLY MARSHALL

Narración pasional de la odisea de una jo-
ven que alcanzó la soñada felicidad porque
conservó la confianza en el hombre amado.

INTERÉS — SENTIMIENTO — REALISMO

Postal-fotografía-regalo:
CONWAY TEARLE

LA NOVELA SEMANAL Sale todos los
CINEMATOGRAFICA miércoles en
toda España Precio: 25 céntimos.

COMPRE USTED MAÑANA

el núm. 4 de la original publicación de
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA
La Novela Íntima Cinematográfica

Contiene la biografía del simpático artista
ANTONIO MORENO

Profusión de datos y fotografías.—Regalo de una estu-
penda postal. Precio popular: 35 céntimos